

La insensatez del hombre tuerce su camino, y luego contra Jehová se irrita su corazón. (Prov 19:3)

El camino fácil del hombre para justificar sus errores y esconder su insensatez, y mitigar sus consecuencias, siempre ha sido el de buscar culpables, y obviamente haciéndolo en actitud de enojo y descalificación, para hacer más contundente su acción; esto es en cuanto al plano horizontal, es decir, con sus semejantes; pero algo que parece inaudito es que lo haga con el mismo Dios; es obvio que esto no lo hace aludiendo el nombre de Dios abierta y directamente, sino que en la intimidad de su corazón celebra el juicio contra Dios, pero como su irritación contra él no se puede mantener oculta, de alguna manera tiene que salir a flote, y la clásica forma en que se manifiesta es lo que conocemos como *amargura*; la cual lo mueve a llegar al punto de no buscar cobrarle al que piensa que se la hizo, sino a cualquiera que tenga enfrente para que se la pague. Esto podría hacernos pensar que tal característica del ser humano sería visiblemente notable, pero no es así, la amargura puede camuflarse de muy distintos modos, mostrado en la habilidad natural de fabricarse máscaras, y que a cada quien de acuerdo a su temperamento se le da su diseño particular; hemos de entender que esto no es el resultado de una perversa hipocresía, sino del natural sentido de autodefensa del ego humano, y que además se presenta con gradualidades, de acuerdo al trasfondo social, cultural, económico, o religioso del que se provenga. El síndrome de una intensa amargura no es algo que se manifiesta de la noche a la mañana, no, sino que es el fruto de un proceso. Seguro que nos asombra darnos cuenta que la primera manifestación de la amargura se dio en el Edén; ¿no intentó Adán manifestarle a Dios su irritación al decirle: "la mujer que me diste"? Vemos cómo intentó poner la culpa sobre Dios mismo; luego tocó el turno a Eva: "Es que la serpiente me engañó", y así, la historia se sigue repitiendo: buscar culpables para justificar el error. Sin duda esto ha generado en las sociedades del mundo enfermedades asociadas con la llamada depresión, que son tenidas como desequilibrios mentales; esto llevó a la aparición de la sicología, ciencia que busca hacer que la mente humana encuentre su equilibrio y recupere su "normalidad", ciencia que no se ha escapado de caer en el engaño de buscar culpables, recurriendo a escudriñar el pasado de las personas, el cual sin duda tendrá que ver con personas que supuestamente les dañaron la vida en la niñez, comenzando obviamente con los de su casa, para hacerles responsables de sus problemas emocionales y mentales que los tienen viviendo en miseria, y así exculparlos de su responsabilidad existencial, soslayando el principio de vida que enseña que cada individuo tiene que responder por sus decisiones; hurgar en el pasado de las personas para corregir problemas de su presente tiene cierto matiz de sabiduría, si es que el propósito es llevarlos a perdonar tanto a sus victimarios como a sí mismos, de no ser así, lo único que hace es ponerles un remiendo psicológico y emocional, que no es mas que una máscara más, pero el problema sigue estando allí enterrado vivo en sus adentros y tendrán que mantenerse bajo "tratamiento psicológico" de por vida para mantener la "salud mental"; los que no pueden o no quieren recurrir a este recurso buscarán echar mano de sus modos personales de pensar, pero igual, andarán de aquí para allá llevando su secreta amargura, culpando y siendo culpados. Volviendo al Edén, también nos asombraremos de que la solución les fue dada a nuestros primeros padres; enseñándoles que el hombre no puede por sí mismo quitarse la culpa y que esta tiene que ser llevada por un inocente, mostrándoles visiblemente al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo en las pieles que cubrieron su vergüenza, y que para nosotros visiblemente vino a ofrecer su sangre en una cruz echando sobre sí toda la culpa que nos era contraria, y así librarnos de toda amargura y sus consecuencias; proveyándonos de la capacidad de aprender a amarnos a nosotros mismos y a los que nos dañaron y nos dañarán, dicho de otro modo: aprender a perdonarnos a nosotros mismos y a los demás, tanto en el pasado como en el presente y el futuro. La culpa no dejará de buscar atormentarnos, pero los que hemos creído en el grandioso acto redentor de Dios tenemos ahora un médico de cabecera, no sólo de la mente, sino del corazón, el cuál tendrá siempre una palabra de fortaleza y consuelo, para que nos mantengamos caminando en pos de lo supremo; venciendo día con día al que día y noche pretende acusarnos delante de Dios, al cuál Jesús responde: YO HE PAGADO LA CULPA DE CADA UNO DE MIS HERMANOS. (Ap 12:10)

Tu hermano el predicador
Fernando H. Nava.